

# RESURRECCIÓN 2026



Las palabras que Jesús dijo a las mujeres —ellas que venían con el corazón cargado de Viernes Santo y con el peso de la muerte muy metido adentro— son las que resuenan esta noche en toda la Iglesia, metida en medio del mundo y de la historia.

Una historia que también huele a muerte.

A muerte cotidiana.

A vidas que se apagan lentamente.

Hoy, como pueblo, experimentamos esa agonía: la falta de paz y de justicia, el hambre de tantas familias, la mentira disfrazada de verdad, la corrupción de cada día de quienes tienen el poder, la falta de horizonte para tantos jóvenes, el futuro cada vez más incierto para nuestros chicos, la angustia de nuestros mayores que no alcanzan a comprar sus remedios, el descarte de las personas con discapacidad como si sobrarian, y el avance del narco estado donde el Estado se retira y deja a muchos librados a su propia suerte.

Todo eso... sigue teniendo tufo a sepulcro.

Y sin embargo, en medio de todo eso, resuena una palabra:

**“¡Resucitó!”**

Quizás algunos esperaban un muerto que vuelve a esta vida... algo casi de ciencia ficción.

Pero la Pascua no es eso.

La resurrección sucede cuando, por la fuerza del Espíritu, cada discípulo se hace cargo del proyecto de Jesús.

Cristo está vivo cada vez que abrazamos esas muertes que siguen apagando la esperanza... y nos animamos a devolverles vida.

La resurrección es esperanza para la humanidad, porque nos enseña otra manera de mirar la vida, la historia, a cada persona y a nosotros mismos.

Creer en la resurrección es confiar en que el amor tiene la última palabra.

Que la justicia no está derrotada.

Que la libertad no es una ilusión.

Que Dios sigue teniendo la última palabra... incluso frente a la muerte.

Vivir la Pascua es dejarnos sacar de nuestras tumbas.

De la tumba del egoísmo que nos encierra.

De la tumba de la indiferencia que nos vuelve cómplices.

De la tumba de la ambición que nos ciega.

De la tumba de las mentiras que vacían la vida.

De la tumba del olvido de Dios, que nos hace creer que nosotros tenemos la última palabra.

Vivir la Pascua es dejar que Dios corra la piedra.

Que abra lo que estaba cerrado.

Que haga entrar la vida donde parecía que ya no había nada.

Y entonces empezamos a descubrir que la Pascua no es solo un acontecimiento...  
es una manera de vivir.

Es Pascua cuando nos conmovemos ante la vida que nace.

Es Pascua en el trabajo honesto, en el esfuerzo cotidiano, en el estudio vivido  
como camino de futuro.

Es Pascua en los gestos de solidaridad, en la búsqueda de justicia, en el  
compromiso por la paz.

Es Pascua en la entrega silenciosa de tantos que sostienen la vida de otros.

Es Pascua en una Iglesia que sale, que se acerca, que sirve, que no se encierra.

Es Pascua cada vez que la vida vence un poco más a la muerte.

Cada vez que alguien elige amar en lugar de destruir.

Cada vez que se abre un camino donde parecía no haber salida.

Porque cada paso hacia una vida más digna, hacia una comunidad más fraterna, es  
el mismo paso de Cristo:

un paso de libertad, de justicia y de amor.

Por eso, en esta Pascua —en medio de una realidad que muchas veces nos hace  
conjuguar verbos amargos— dejemos que Dios escriba en nuestro corazón la palabra  
que salva.

Y que podamos, con nuestra vida y desde nuestra vida,

ser testigos de que Cristo vive...

y de que la vida tiene la última palabra.

¡Feliz resurrección para todos!

Mons. Eduardo García

5 de abril 2026